

EL SAHEL EN LA ACTUAL CRISIS ESTRUCTURAL

Reconfiguración del orden de seguridad global y efectos sistémicos de la guerra del Golfo

Dr. Rodolfo Alejandro García

El presente trabajo analiza la crisis del Sahel como un fenómeno estructural inserto en la reconfiguración contemporánea del orden de seguridad global. A partir de un enfoque de interdependencia estratégica, se examina la interacción entre dinámicas locales —particularmente en Mali, Burkina Faso y Níger— y los efectos sistémicos derivados de la guerra del Golfo, a la fecha (5 de abril de 2026). Se sostiene que los actuales shocks energéticos globales actúan como multiplicadores de fragilidad en contextos de debilidad estatal, reforzando economías de coerción, incentivando la expansión de actores armados no estatales y erosionando las capacidades de gobernanza. El trabajo incorpora un marco teórico basado en la guerra híbrida, las dinámicas de zona gris y la economía política de la violencia, y propone como aporte conceptual el “acoplamiento energético-securitario”. Se concluye que la crisis del Sahel no solo persiste, sino que se intensifica en escenarios de tensión global, proyectando implicancias directas sobre la seguridad regional y transnacional.

Palabras clave: Sahel; guerra híbrida; zona gris; seguridad energética; terrorismo; África occidental; interdependencia estratégica.

Introducción

La dinámica contemporánea de la seguridad internacional se caracteriza por una creciente interdependencia entre escenarios geopolíticos aparentemente desconectados. En este contexto, la crisis del Sahel no puede ser interpretada como un fenómeno regional aislado, sino como un nodo de convergencia de tensiones sistémicas que se proyectan desde otros espacios estratégicos. Informes recientes del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas advierten que la intensificación de crisis globales genera efectos de arrastre sobre regiones estructuralmente frágiles, lo cual amplifica sus vulnerabilidades (Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, 2026, p. 2).

La guerra en el Golfo constituye, en este sentido, un punto de inflexión. Su impacto sobre los mercados energéticos globales, las cadenas logísticas y las prioridades estratégicas de las potencias introduce una variable crítica en la evolución del Sahel. La hipótesis central de este artículo sostiene que dichos efectos no desplazan la relevancia de África occidental, sino que aceleran su deterioro.

¿Por qué el Sahel no puede, ni debe desaparecer de la agenda estratégica?

El supuesto de que las crisis globales “mayores” relegan al Sahel a un plano secundario resulta analíticamente insostenible. En primer lugar, porque la región constituye uno de los principales teatros de violencia armada contemporánea. En segundo lugar, porque los shocks globales operan como multiplicadores de fragilidad en contextos de debilidad estructural (Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, 2026, p. 2).

Desde una lógica estratégica, el Sahel no es un espacio periférico, sino una zona de intersección entre insurgencia yihadista, economías ilícitas y reconfiguración geopolítica. Su posición como bisagra entre el Magreb, África subsahariana y los corredores hacia el Mediterráneo le confiere una relevancia sistémica. En este sentido, los shocks energéticos derivados de la guerra del Golfo generan presión fiscal, inflación importada y deterioro de servicios básicos, con efectos directos sobre la seguridad humana (International Energy Agency, 2026, p. 1; UNCTAD¹, 2026, p. 2).

Marco teórico: guerra híbrida, zonas grises y control de la violencia

El abordaje conceptual de la crisis saheliana exige superar las categorías analíticas tradicionales de conflicto interestatal o insurgencia clásica. En este sentido, el concepto de guerra híbrida formulado por Hoffman no solo describe una combinación de medios, sino una transformación en la lógica misma del uso de la fuerza, donde lo militar, lo irregular y lo no convencional dejan de ser esferas diferenciadas para integrarse en una arquitectura operativa única (Hoffman, 2007, p. 29).

Sin embargo, la utilidad explicativa de esta categoría se amplifica cuando se la articula con la noción de zona gris desarrollada por Mazarr. En este marco, la competencia estratégica ya no se estructura en torno a la dicotomía paz-guerra, sino en un continuo donde los actores buscan deliberadamente operar en niveles de ambigüedad que dificultan la atribución, la respuesta y la escalada (Mazarr, 2015). El Sahel constituye, probablemente, uno de los espacios donde esta lógica se manifiesta con mayor claridad empírica.

Desde una perspectiva más operativa, Kilcullen introduce un elemento clave al desplazar el foco desde el control territorial hacia el control de sistemas: poblaciones, economías locales y redes de circulación (Kilcullen, 2010, p. 43). Este desplazamiento resulta central para comprender por qué, en el Sahel, la pérdida de una localidad no implica necesariamente una derrota estratégica, mientras que la pérdida de una ruta sí puede tener efectos sistémicos.

Por su parte, Kalyvas aporta una dimensión micro analítica al señalar que la violencia en conflictos internos responde a patrones selectivos y funcionales, orientados a consolidar control más que a maximizar destrucción (Kalyvas, 2006, p. 111). Esta lógica se observa en la regulación coercitiva de comunidades, en la imposición de sistemas de tributación informal y en la administración diferencial de la violencia.

En conjunto, estos aportes permiten interpretar al Sahel no como un teatro de conflicto convencional, sino como un ecosistema estratégico donde la violencia, la economía y la política se encuentran profundamente entrelazadas. En este sentido, diversos análisis contemporáneos —incluyendo material audiovisual especializado— coinciden en caracterizar la región como un espacio intermedio, donde la inestabilidad no deriva de la ausencia de orden, sino de la coexistencia de múltiples órdenes superpuestos y

¹ La UNCTAD (Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo) es un órgano permanente del sistema de Naciones Unidas, creado en 1964, cuya misión central es integrar a los países en desarrollo en la economía mundial en condiciones más equitativas.



en competencia (Zona Gris y Amenazas Híbridas en el Sahel, 2024).

Geografía estratégica y zonas grises del conflicto

La comprensión del Sahel como espacio estratégico requiere abandonar la noción clásica de territorio como superficie continua bajo control estatal. En su lugar, la evidencia sugiere que la región funciona como una red discontinua de nodos y corredores, donde la relevancia estratégica no está determinada por la extensión geográfica, sino por la capacidad de articular flujos.

El triángulo Liptako-Gourma sintetiza esta lógica. Más que un “epicentro” en sentido tradicional, opera como un punto de convergencia de rutas que conectan espacios rurales, centros urbanos y circuitos transnacionales. En este contexto, el control no se ejerce sobre el territorio en sí mismo, sino sobre la movilidad que lo atraviesa.

El Instituto para la Economía y la Paz (IEP) advierte que estos corredores (en la zona del Liptako) cumplen funciones múltiples y superpuestas: son simultáneamente rutas comerciales, canales logísticos y vectores de proyección insurgente (Instituto para la Economía y la Paz, 2026, pp. 54-56). Esta multifuncionalidad explica por qué su disputa adquiere una centralidad estratégica superior a la de los centros urbanos.

A su vez, la expansión hacia el Golfo de Guinea no debe interpretarse como un simple desplazamiento geográfico, sino como una adaptación estratégica orientada a diversificar riesgos, ampliar fuentes de financiamiento y reducir la presión operativa en zonas saturadas (International Crisis Group, 2026, p. II). En este sentido, el conflicto saheliano muestra una capacidad de proyección que desborda sus límites tradicionales.

Desde la lógica de la zona gris, esta configuración espacial favorece la consolidación de áreas donde la autoridad estatal es fragmentaria o nominal, lo que da lugar a formas híbridas de gobernanza. En estos espacios, la seguridad no desaparece, sino que es reconfigurada bajo reglas informales impuestas por actores armados.

Reconfiguración política y militar en el Sahel central

Los golpes de Estado entre 2020 y 2023 redefinieron la relación entre legitimidad y coerción en Mali, Burkina Faso y Níger. Más que interrupciones puramente institucionales, estos cambios reflejaron

una crisis prolongada de eficacia estatal frente a la insurgencia y una pérdida acumulativa de confianza pública en las élites civiles. Thurston sostiene que las juntas heredaron una situación ya deteriorada, pero también profundizaron la escalada al combinar decisiones inconsistentes con estrategias securitarias de mayor intensidad, especialmente en Mali y Burkina Faso (Thurston, 2024, pp. 12-16). Esta observación resulta clave: el problema no es solo que las juntas no hayan revertido la inseguridad, sino que su promesa de restauración soberana no logró traducirse en una mejora sustantiva de la protección territorial.

En el plano regional, la creación de la Alianza de Estados del Sahel (AES) institucionalizó esta reorientación estratégica. La *Charte du Liptako-Gourma* (2023, pp. 3-4) establece un principio explícito de asistencia recíproca ante amenazas a la soberanía y a la integridad territorial, articulando una lógica de defensa colectiva que desplaza, al menos parcialmente, la centralidad de los marcos previos de la CEDEAO/ECOWAS. A ello se agrega la designación del comandante de la fuerza unificada de la AES, formalizada en el *Journal officiel de la République du Mali* (2025, p. 1379), como evidencia de que la nueva arquitectura no se agota en el plano discursivo, sino que avanza hacia mecanismos operativos propios.

La recomposición de alianzas externas acompaña este proceso. El desplazamiento desde Wagner hacia Africa Corps sugiere una transición desde fórmulas semidenegables hacia modalidades de presencia más directamente vinculadas al Estado ruso, con implicancias militares, diplomáticas e informacionales (Timbuktu Institute, 2025, pp. 2-3). Gazapo Lapayese subraya que esta mutación no puede reducirse a una dimensión cinética, dado que incorpora control narrativo, restricción de medios y contrarrelatos frente a denuncias de abusos, es decir, herramientas propias de un entorno híbrido donde coerción e información se retroalimentan (Gazapo Lapayese, 2025, p. 20). En suma, la reconfiguración política y militar del Sahel central combina juntas militares, nuevas coaliciones regionales y reorientaciones de socios extra regionales, lo cual produce una transformación del orden de seguridad que, lejos de estabilizar automáticamente la región, multiplica zonas de incertidumbre estratégica.

Economía política de la violencia: energía, rutas y coerción

El conflicto en el Sahel ha evolucionado hacia una lógica en la cual la economía deja de ser un telón de fondo para convertirse en campo de batalla. Los actores armados no estatales no solo disputan territorios; disputan corredores, mercados, estaciones de servicio, puntos de agua y nodos de intercambio. El IEP (2026, pp- 54-56) señala que, en el Sahel central, la debilidad estatal en áreas fronterizas permite que grupos insurgentes exploten la conectividad transfronteriza para imponer coerción, recaudar rentas y bloquear abastecimientos. En esta perspectiva, la violencia no se orienta exclusivamente a causar letalidad, sino a reordenar la economía cotidiana en función de nuevas jerarquías de poder.

Esto explica por qué una eventual disminución en algunos indicadores de muertes por terrorismo no equivale necesariamente a una mejora estructural. El mismo Índice Global de Terrorismo 2026 registra descensos porcentuales en varios países del Sahel, pero advierte que la persistencia de economías de coerción y la captura de espacios periféricos siguen sosteniendo la resiliencia de las organizaciones armadas (Instituto para la Economía y la Paz, 2026, p. 12; pp. 54-56). La reducción de eventos letales puede coexistir con una mayor capacidad de exacción económica, control de rutas y disciplinamiento social. En otras palabras, la violencia puede mutar de forma sin desaparecer.

El combustible ocupa un lugar central dentro de esta economía política de la violencia. La interrupción de flujos desde espacios costeros hacia Bamako y otras ciudades interiores fue identificada como una táctica insurgente capaz de producir efectos sistémicos sobre abastecimiento, movilidad y percepción de autoridad (Instituto para la Economía y la Paz, 2026, p. 56). En un entorno de alta dependencia de

importaciones, el control del combustible adquiere una dimensión estratégica equivalente al control de las armas o de las comunicaciones. En esta línea, la decisión del gobierno de Mali de instituir un stock nacional de seguridad de productos petroleros con cobertura de 45 días revela hasta qué punto la seguridad energética ha pasado a ser concebida como una cuestión de seguridad nacional (Gouvernement du Mali, 2026, p. 1).

De esta manera, la economía política del conflicto saheliano no puede analizarse de modo separado del shock energético global. Cuando aumentan simultáneamente los precios del petróleo, el costo del transporte, la escasez local y la competencia por corredores logísticos, se expande el margen de maniobra para quienes convierten rutas y suministros en instrumentos de coerción. Esta convergencia justifica pensar el Sahel no solo como un teatro de insurgencia, sino como un espacio donde energía, movilidad y violencia forman una matriz común de poder.

Guerra del Golfo y transmisión sistémica de la crisis

La disrupción del Estrecho de Ormuz ha generado una crisis energética de alcance global con efectos particularmente intensos sobre economías importadoras y vulnerables. La International Energy Agency (IEA)² describió la coyuntura de marzo de 2026 como la mayor interrupción de la oferta en la historia del mercado petrolero global, al consignar una caída abrupta del flujo por Ormuz, recortes significativos de producción en países del Golfo y la necesidad de una liberación coordinada de reservas de emergencia (International Energy Agency, 2026, pp. 1-3). En términos estratégicos, este dato es decisivo: el shock no solo afecta precios, sino que reestructura prioridades de política exterior, gasto público y asignación de recursos de seguridad.

UNCTAD complementa esta lectura al señalar que por el estrecho circula aproximadamente una cuarta parte del comercio marítimo mundial de petróleo y que, en la ventana analizada entre febrero y marzo de 2026, los tránsitos diarios de buques cayeron cerca de 97 %, a la vez que aumentaron de manera considerable los costos de flete y de seguros (UNCTAD, 2026, pp. 2, 4, 12). Esta dimensión logística es fundamental para el Sahel, porque los países sin litoral no solo dependen de la disponibilidad global del recurso, sino de la estabilidad de corredores marítimos y terrestres que trasladan el impacto internacional hacia sus economías interiores.

La transmisión macroeconómica se manifiesta, en primer término, en presión fiscal e inflación importada. Gobiernos con márgenes presupuestarios estrechos deben reasignar recursos hacia subsidios, seguridad o gasto de emergencia, reduciendo la disponibilidad para políticas sociales, infraestructura y asistencia humanitaria. Reuters informó, por ejemplo, medidas de contención fiscal en Senegal como respuesta al encarecimiento del petróleo derivado de la guerra con Irán, lo que ilustra cómo el shock energético repercute rápidamente en África occidental más allá del Sahel estricto (Reuters, 2026). En Estados como Mali o Níger, donde la capacidad estatal ya es limitada, este tipo de tensión puede acelerar la erosión de legitimidad.

La transmisión logística es igualmente corrosiva. Cuando el precio del crudo se incrementa al mismo tiempo que las rutas regionales son objeto de bloqueos, peajes coercitivos o ataques, el resultado probable es una tormenta perfecta: escasez, encarecimiento del transporte, aumento del mercado negro y mayor vulnerabilidad de las poblaciones desplazadas. El informe del secretario general sobre África

2 La International Energy Agency (IEA) —en español, Agencia Internacional de Energía— es una organización intergubernamental creada en 1974 para coordinar políticas energéticas entre países, con énfasis en la seguridad energética, el análisis de mercados y la transición hacia energías sostenibles.

occidental y el Sahel ya registraba más de 6,5 millones de desplazados internos en Burkina Faso, Mali, Níger y Nigeria, además de cierres masivos de escuelas y centros de salud en zonas inseguras (Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, 2025, pp. 8-9). En ese contexto, cualquier shock adicional sobre la energía impacta directamente en la capacidad de respuesta humanitaria y estatal.

Existe, además, un tercer canal menos visible pero estratégicamente significativo: la transmisión político-identitaria y securitaria. El vigésimo segundo informe del secretario general sobre la amenaza de ISIL/Da'esh³ indica que la amenaza se intensifica en múltiples teatros y que el Sahel central continúa siendo el área más afectada, al tiempo que persiste la atracción de combatientes terroristas extranjeros y la explotación de crisis externas con fines de reclutamiento y financiación (Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, 2026, pp. 2-3). Aunque no corresponde afirmar mecánicamente que la guerra del Golfo producirá una migración masiva de combatientes hacia el Sahel, sí es razonable sostener que puede reforzar narrativas, flujos de financiamiento, transferencia de capacidades y oportunidades para actores que operan en espacios de baja gobernanza.

¿Un nuevo efecto símil-Libia del 2011/2012?

Mecanismos y límites

Ante estas nuevas crisis y las posibles consecuencias a posteriori de movimientos terroristas, la comparación con Libia en el proceso concentrado entre el segundo semestre de 2011 y el primer trimestre de 2012 permite identificar mecanismos de derrame, aunque no replicables automáticamente. Más que un traslado directo de combatientes, el riesgo radica en la expansión de economías ilícitas y redes logísticas (Instituto para la Economía y la Paz, 2026, p. 54). Asimismo, la transferencia de capacidades —como el uso de drones o sistemas de financiamiento— constituye un vector relevante de difusión del conflicto.

El análisis de la posible proyección del conflicto desde Medio Oriente hacia África occidental remite inevitablemente al precedente de la crisis Libia de 2011. En aquel contexto, el colapso del régimen de Muammar Gaddafi generó un efecto de derrame regional caracterizado por la circulación de combatientes, la proliferación de armamento y la reconfiguración de redes insurgentes en el Sahel. Diversos estudios coinciden en que la desintegración del aparato estatal libio facilitó el retorno de combatientes hacia Mali y otros espacios del Sahel central, contribuyendo directamente al estallido de la crisis de 2012 (Kalyvas, 2006, p. 121; Thurston, 2024, p. 18).

Sin embargo, trasladar mecánicamente este precedente al escenario contemporáneo implicaría un error analítico. La dinámica actual presenta características sustancialmente diferentes, tanto en términos de organización de los actores como en la estructura de las redes transnacionales. Mientras que el “efecto Libia” clásico se manifestó a través de movimientos relativamente lineales de combatientes y armamento, el contexto actual se caracteriza por una lógica reticular, donde la circulación no se limita a personas, sino que incluye capacidades, conocimientos y recursos financieros.

En este sentido, la hipótesis de una “migración” de grupos provenientes de escenarios como Yemen, Líbano o incluso espacios de influencia iraní hacia el Sahel debe ser reformulada. Más que un traslado físico masivo de combatientes, lo que se observa —y lo que resulta estratégicamente más relevante— es la posibilidad de una transferencia funcional de capacidades. Esto incluye la difusión de conocimientos

³ ISIL/Da'esh constituye una organización terrorista reconocida internacionalmente, cuya acción excede el terrorismo clásico al articular dinámicas insurgentes y estructuras de control territorial en contextos de fragilidad estatal. De naturaleza yihadista-salafista opera mediante estructuras descentralizadas, combinando control territorial, insurgencia y economía ilícita.

tácticos, el acceso a redes de financiamiento informal, la incorporación de tecnologías de bajo costo —como sistemas aéreos no tripulados— y la adaptación de modelos organizativos flexibles. Desde la perspectiva de la guerra híbrida, este fenómeno se inscribe dentro de procesos de adaptación estratégica que permiten a los actores no estatales operar simultáneamente en múltiples teatros sin necesidad de una presencia física constante (Hoffman, 2007, p. 36). Asimismo, la lógica de zona gris descrita por Mazarr sugiere que estas transferencias se producen por debajo del umbral de detección convencional, dificultando la respuesta de los Estados (Mazarr, 2015).

El Sahel, en este contexto, presenta condiciones particularmente favorables para la absorción de estas capacidades. La debilidad institucional, la extensión territorial, la porosidad de las fronteras y la existencia de economías ilícitas consolidadas configuran un entorno propicio para la implantación y adaptación de redes transnacionales. Como señala Kilcullen, los espacios donde el Estado no logra ejercer control efectivo sobre la población y los flujos económicos se convierten en plataformas ideales para la expansión insurgente (Kilcullen, 2010, p. 52). No obstante, es necesario matizar esta hipótesis: las diferencias culturales, lingüísticas y organizativas, así como el peso de las dinámicas locales del Sahel, limitan la posibilidad de una transferencia directa y masiva (Instituto para la Economía y la Paz, 2026, p. 57). En consecuencia, el fenómeno no debe ser interpretado como una simple “exportación” del conflicto, sino como un proceso de hibridación. Es decir, la combinación de capacidades externas con dinámicas locales preexistentes, dando lugar a configuraciones híbridas que incrementan la complejidad del entorno de seguridad. A partir de este análisis, puede proponerse una reformulación conceptual del fenómeno: el “nuevo efecto símil-Libia”, de darse, no consiste en la migración física de combatientes, sino en la circulación transnacional de capacidades, redes y recursos que potencian la resiliencia y adaptabilidad de los actores armados en el Sahel.

Escenarios estratégicos (2026–2027)

El primer escenario, y también el más probable, es el de deterioro incremental con regionalización por corredores. En esta hipótesis, la crisis energética global no produce una ruptura espectacular, sino una combinación de presión fiscal, inflación, encarecimiento del transporte y ampliación de las economías coercitivas. Los actores armados intensifican bloqueos, secuestros y sistemas de peaje sobre rutas críticas, mientras los Estados responden con mayores niveles de securitización, frecuentemente sin capacidad suficiente para recuperar la gobernanza. El resultado esperado es una erosión acumulativa: más desplazamientos, mayor fragilidad institucional y continuidad de la violencia en zonas ya críticas (Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, 2025, pp. 8-9; Instituto para la Economía y la Paz, 2026, p. 56).

Un segundo escenario es el de “spillover operativo”⁴ o sofisticación del conflicto. Aquí, el rasgo distintivo no sería tanto el incremento cuantitativo de combatientes, sino la expansión cualitativa de capacidades: circulación de tecnologías de bajo costo, mayor uso de drones, adaptación de mecanismos de financiamiento opacos y una articulación más densa entre redes criminales y yihadistas. En este escenario, el conflicto podría proyectarse con más fuerza hacia países costeros del golfo de Guinea, no necesariamente mediante ocupación territorial amplia, sino a través de presión sostenida sobre corredores, infraestructuras y zonas fronterizas (International Crisis Group, 2026, p. ii; Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, 2026, p. 2).

El tercer escenario es el de interrupción mayor, comparable en algunos aspectos a un efecto Libia parcial.

⁴ El spillover operativo refiere a la expansión de los efectos de un conflicto más allá de su espacio original, generando impactos en dimensiones geográficas, funcionales y actorales que reconfiguran el entorno de seguridad.

Para que esta hipótesis se materialice, debería producirse un colapso adicional en algún nodo regional o una fractura severa en cadenas que conectan Medio Oriente, el Mediterráneo, el norte de África y el Sahel. Tal situación facilitaría una circulación más intensa de armamento, saber táctico y recursos hacia espacios ya vulnerables. Aunque este escenario es menos probable que el deterioro incremental, su impacto potencial sería mucho más profundo, porque aceleraría la transformación del Sahel en un espacio de convergencia entre conflictos regionales distintos, pero funcionalmente conectados (Instituto para la Economía y la Paz, 2026, p. 54).

En cualquiera de los tres escenarios, la variable decisiva no es si la guerra del Golfo “reemplaza” la crisis saheliana, sino cómo modifica la velocidad, la intensidad y la complejidad de su deterioro. Por ello, el concepto de acoplamiento energético-securitario conserva valor explicativo: permite describir la interacción entre shocks energéticos globales y economías locales de violencia, mostrando que el Sahel debe ser interpretado como un sistema abierto, susceptible de absorber y reconfigurar perturbaciones externas.

Aporte conceptual: el acoplamiento energético-securitario. Se propone este concepto para describir la interacción entre shocks energéticos globales y economías de violencia local. Este enfoque permite comprender la crisis del Sahel como un fenómeno sistémico y no meramente regional.

Conclusiones

Desde una perspectiva analítica, la relación entre la guerra del Golfo –cuyo futuro a la fecha de hoy, 5 abril 2026, es aún incierto, en muchos y muy variados aspectos, entre los cuales se encuentra el factor económico– y la crisis del Sahel puede entonces estructurarse en términos de validación hipotético-deductiva. Bajo ese aspecto, se determinan ciertas premisas: La premisa mayor es que los shocks sistémicos globales —particularmente aquellos vinculados a la energía— generan efectos redistributivos que impactan de manera desproporcionada en regiones con baja resiliencia institucional (International Energy Agency, 2026, p. 1; UNCTAD, 2026, pp. 2-4); en segundo lugar, la premisa menor es que el Sahel presenta una configuración estructural caracterizada por debilidad estatal, economías ilícitas, presión demográfica y expansión insurgente, lo que lo convierte en un espacio altamente sensible a perturbaciones externas (Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, 2025, pp. 8-9).

Reflexión final: los efectos derivados de la guerra del Golfo no sólo tienen y van a tener incidencia sobre el Sahel, sino que aceleran dinámicas preexistentes de deterioro, las cuales intensifican la competencia por recursos, la fragmentación territorial y la expansión de actores armados. No obstante, la relevancia del análisis no radica únicamente en esta constatación causal, sino en la identificación del mecanismo que la hace posible. La interacción entre disrupción energética, presión logística, reasignación de prioridades internacionales y economías locales de coerción configura entonces un proceso específico que puede conceptualizarse como “acoplamiento energético-securitario”. Este concepto permite comprender que el Sahel no es un receptor pasivo de crisis externas, sino un “sistema abierto” capaz de absorber, transformar y amplificar perturbaciones globales. En este sentido, la región opera como un espacio bisagra donde convergen dinámicas aparentemente desconectadas, pero funcionalmente interdependientes.

Finalmente, y de este modo, sostener “que la guerra del Golfo desplaza la centralidad del Sahel”, implica una lectura incompleta. Más bien, la evidencia sugiere que dicha guerra reconfigura las condiciones bajo las cuales la crisis saheliana evoluciona, aumentando su complejidad y proyectando sus efectos más allá del ámbito regional.

Referencias bibliográficas

- Charte du Liptako-Gourma instituant l'Alliance des États du Sahel. (2023). <https://mjp.univ-perp.fr/constit/sahel2023.htm>
- Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. (2025). Activities of the United Nations Office for West Africa and the Sahel (S/2025/187). <https://undocs.org/S/2025/187>
- Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. (2026). Twenty-second report on ISIL (Da'esh) (S/2026/57). <https://undocs.org/S/2026/57>
- Estrada, S. (2025). El Sahel como tablero geopolítico. LISA News. <https://www.lisanews.org/especial-sahel/el-sahel-como-tablero-geopolitico-riesgos-para-la-seguridad-nacional-espanola/>
- Gazapo Lapayese, M. J. (2025). Wagner en el Sahel (IEEE Documento Marco 04/2025). <https://www.ieee.es/>
- Gil Garre, J. (2025). La sombra del Sahel. Atalayar. <https://www.atalayar.com/articulo/reportajes/sombra-sahel-insurgencia-hibrida-mercados-politicos-gobernanza-criminal-configuracion-amenaza-sistemica-transcontinental/>
- Gouvernement du Mali. (2026). Communiqués du Conseil des Ministres. <https://sgg-mali.ml/fr/le-sgg/communiqués-du-conseil-des-ministres.html>
- Hoffman, F. G. (2007). Conflict in the 21st century. Potomac Institute. https://www.potomacinsti-tute.org/images/stories/publications/potomac_hybridwar_0108.pdf
- Instituto para la Economía y la Paz. (2026). Global Terrorism Index 2026. <https://www.visionof-humanity.org/resources/global-terrorism-index-2026/>
- International Crisis Group. (2026). Le JNIM et le dilemme de l'expansion au-delà du Sahel (Africa Report No. 321). <https://www.crisisgroup.org/africa/sahel>
- International Energy Agency. (2026). Oil Market Report (March 2026). <https://www.iea.org/reports/oil-market-report-march-2026>
- Journal officiel de la République du Mali. (2025). Décret n°2025-0822/PT-RM du 27 novembre 2025 portant désignation du Commandant de la Force unifiée de l'Alliance des États du Sahel. <https://sgg-mali.ml/JO/2025/mali-jo-2025-33-3.pdf>
- Kalyvas, S. N. (2006). The logic of violence in civil war. Cambridge University Press. <https://www.cambridge.org/>
- Kilcullen, D. (2010). Counterinsurgency. Oxford University Press. <https://global.oup.com/>
- Mazarr, M. J. (2015). *Mastering the gray zone: Understanding a changing era of conflict*. Strategic Studies Institute and U.S. Army War College Press. <https://smallwarsjournal.com/2015/12/02/mastering-the-gray-zone-understanding-a-changing-era-of-conflict/>
- Reuters. (2026, April 4). Senegal bans government travel as Iran war oil shock hits public finances. <https://www.reuters.com/>
- Thurston, A. (2024). Military coups and insecurity in the Central Sahel. OECD. <https://www.oecd.org/>
- Timbuktu Institute. (2025). Russian repositioning in the Sahel. <https://timbuktu-institute.org/index.php/toutes-l-actualites/item/1262-report-russia-s-repositioning-in-the-sahel-from-wagner-to-africa-corps>

UNCTAD. (2026). Strait of Hormuz disruptions: Implications for global trade and development. United Nations Conference on Trade and Development. https://unctad.org/system/files/official-document/osgttinf2026d1_en.pdf

Zona Gris y Amenazas Híbridas en el Sahel. (2024). YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=FXNz6iPIFCQ>